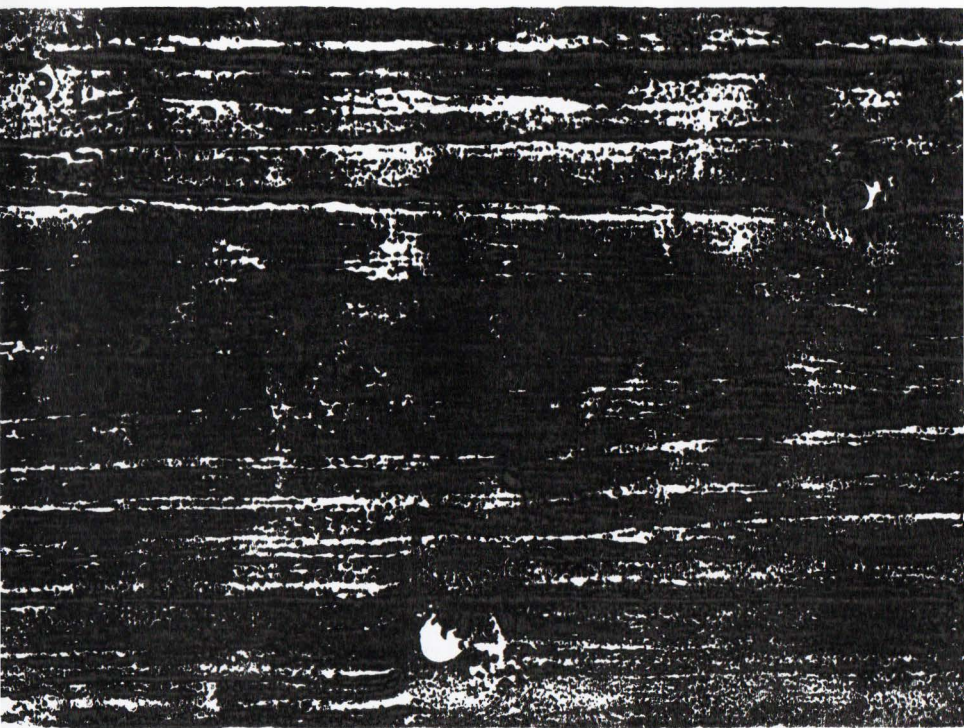


ESCRITURA DE PASO



EDICIONES GENTILES

Ilustración de cubierta:

Israel Encina

Diseño interior y corrección:

Reinier Pérez-Hernández

Comité editorial:

Felipe Aedo Jury

Israel Encina

Erik Jacobs

Reinier Pérez-Hernández

© sobre la presente edición

Ediciones Gentiles, 2017

edicionesgentiles@gmail.com

Todos los derechos reservados

NOTA EDITORIAL

Estar adentro o afuera no es importante, lo relevante es la ficción sobre ese orden de las cosas. Sobre esa ficción vamos creando puentes en la necesidad, enlaces sobre lo curioso de las coincidencias y lo bello que nos resultan cuando reincidimos en el ejercicio de extrañar y tratamos de crear nuestros hogares sobre la marcha, esos inestables momentos de pertenencia, esos adentros cuando se está en el afuera, que suelen ser tan fugaces. Como cuando se intenta reproducir la receta de la abuela, o ya de plano, del criollismo culinario al que está zurcida nuestra lengua, y se hace tan difícil encontrar los aliños o ingredientes. De pronto la sorpresa que viene de algo más lejano, del mercadito turco, árabe o asiático, el ingrediente difícil de hallar aparece, y un montón de ingredientes que en su individualidad no nos dicen mucho, confabulan y nos traen de vuelta a cualquier tarde en la cocina familiar y devuelven por un instante ese momento de infancia que se quedó atado a un olor, un gusto, una tarde, una infancia, esa patria tan fictiva como real. La escritura sea quizás eso: la palabra cuando nombra, crea, revive, indica.

Este proyecto agrupa un trabajo silencioso: el ejercicio de escritores de ocasión. Es irrelevante si los textos contenidos en esta antología dan cuenta de un trabajo literario serio y prolongado. La belleza de este ramillete de ejercicios poéticos y narrativos radica en el cruce espontáneo en el que toman forma, en el umbral donde coinciden, de salida o de entrada, da igual. Lo mismo da si se

cruzaron sobre la mesa de un bar de madrugada, o en el jolgorio de una fiesta en el pasillo de una casa, o en el desayuno resacado de un sábado o domingo a mediodía o en la tarde. (Dicho sea de paso, de una de esas noches, madrugadas, mañanas o tardes, nació esta idea). El intercambio de estos textos surgió de la confianza, de la entrega, de la amistad, de aquello que nace del primer encuentro común, que bien puede ser una línea, un pliegue o una superficie: extranjeros que comparten una lengua y una profunda inquietud intelectual, residentes o de paso por este pequeño punto a orillas del valle del Rin llamado Maguncia.

Este proyecto no pretende ser ejemplo de una bitácora de viaje, mucho menos de un plan. Es algo más sencillo aún. Probablemente un esbozo de rutinas, de secretos recorridos por una extranjería que es siempre inestable y cuya ancla parece ser siempre la lengua. Nuestras formas de inventar el hogar en esa ficción que es siempre la lejanía.

HABITACIONES SAGRADAS

Aquel jardín del Edén
no era ni bíblico ni idílico.
No había ni manzanas ni serpientes.
Menos aún la presencia de un ser todopoderoso
aunque una mujer no bautizada
paseaba desnuda en sueños,
a veces.

No brillaba el sol
más bien lo hacía una bombilla de 60 watts.
El agua no brotaba cristalina de manantiales
pero una botella de whisky a medio terminar
se restregaba contra un rincón.

La música, más que celestial
parecía a ratos demoníaca.
No caían estrellas fugaces,
mas por las noches la luz de los coches
entraba por una ventana sin persianas
y se paseaba momentánea por el techo.
Y si bien el amor era escaso
a veces se hacía en delirio y con frenesí,
sobre un viejo colchón de espuma.

DISTANCIA

(una noche cualquiera vi a mi hermano muerto entrar
en mi sueño)

No despiertes aún

la noche es larga

el horizonte aún no ha cagado las luciérnagas de-
voradas en las últimas horas,

quédate donde estás

en cada sueño avanzamos un poco más

aunque definitivamente no sepamos hacia dónde
observa como los pasantes rascan la espalda de una
calle

que transpira su gris contra un cielo aun más gris
¿o tal vez sea un río?

Sigue arrancando de tu apariencia

seguramente alguien cuidó de ti mientras tus padres
lloraban su pérdida

A veces recuerdo los rechazos de mi madre

mi hermano muerto se llevó todos

o casi todos

sus abrazos

Mi padre cargó su cuerpo en una caja de cartón

apenas y hubo para el bus provincial

pena y pobreza de inquilino

apenas una manta de castilla

larga la espera en la sala

en un hospital que bien pudo haber sido un matadero.

TRÍPTICO EN LA CIUDAD

Dentro de su taxi Leónidas estaba seguro, conocía la infinitud de ese universo, sabía exactamente cuánto tiempo le tomaría llegar de un lugar a otro. Hacía apuestas consigo mismo al recoger algún servicio. «Este va seguro al Norte», «este seguro ni da las gracias», «este seguro no deja de hablar por su celular». Dentro de su taxi transcurría su vida, acorazada, protegida, segura.

Seguía sin entender qué lo había golpeado, lo había rasgado y por la herida brotaron sus memorias, brotó el campo, la tierra abandonada, los cadáveres, los odios y las tristezas. Brotaban sin cesar amenazándolo incluso con el hundimiento. Se aferró como pudo a su taxi, a su salvavidas, pero a medida que el agua subía se le hacía más difícil reconocer si esta era realmente su vida, si no se la había hurtado a otra persona.

¡No! A él le habían arrancado su vida de un balazo. Era solamente justo que él pudiera encontrar otra salida. El único problema es que a su vieja vida no la habían matado. Desfigurado, torturado, maltratado, pero no le habían dado el golpe de gracia. Había sobrevivido y agonizando fue detrás de él. Lo sabía ahora, ahora podía ver el rastro de sangre que su antigua vida había dejado hasta alcanzarlo.

Hoy no era un día cualquiera para Pola, hoy sería su último día de trabajo. Besó a su nieto, cómo todos los días, y se dispuso a partir. Era un día cualquiera, las calles todavía cubiertas por el manto de la noche parecían aún más agresivas de lo que eran. Se apresuró para llegar a la estación. Su viaje duró lo mismo que todos los días. Había

decidido dejar de trabajar porque se cansó luego de cincuenta años. Por primera vez tenía el derecho a cansarse y poder disfrutar de lo que había construido con sus propias manos. Ahora quería ella disfrutar de su nieto, tal vez invertir sus ahorros para techar su casa y así darle punto final a su más grande anhelo.

En la casa hizo sus deberes como cualquier otro día, no había mucho qué pensar ni qué decir. El patrón estaba de viaje y la patrona pasaría en algún momento del día a despedirse. Pensó que eran buenas personas, que siempre la habían tratado dignamente y que estuvieron ahí para cuando necesitó de su ayuda. También pensó si habría de extrañarlos... no lo sabía, tal vez los extrañaría de la misma manera en que recordaba a su ahora hurtado reloj. Definitivamente no habría de re-membrarlos como personas. Ellos no entendían sus problemas. Tanto como ella no entendía la razón por la que ellos llamaban como problemas a sucesos insignificantes. Nunca habrían podido entender el dolor que sentía ella al servir el desayuno sabiendo que su propio nieto no había desayunado.

Nunca sintió la necesidad de expresarse, de abrirse con ellos, de romper con el *statu quo*, bajo el cual las dos esferas donde se encontraban nunca habrían de romperse. Ellos eran solo personas, humanos no, no pertenecían a la misma especie que ella. Ellos eran agua, ella aceite, por eso el abrazo de despedida fue imposible, por eso las últimas palabras se perdieron en el aire, por eso las lágrimas no mojaron a su patrona.

Era un día como cualquier otro... llegó a su casa y se acostó sabiendo que mañana iba a ser un día como cualquier otro.

JARDINERÍAS

(LA MANZANA Y EL PERRITO VIENÉS)

Rosa le había prometido la vajilla prusiana. Quería distinción imperial al visitar su atelier. Pero la gripe española se la llevó. Rosa está muerta y cuando quiso buscar lo prometido, el mayordomo le entregó un pudelcito y una nota de despedida. Recordó fugaces besitos en el jardín cuando Rosita lo masturbaba a cambio de esas feas acuarelas campesinas que pintaba con desgana. De regreso paró en lo de Gustavo. «Hazme una foto, por favor. Pon un casco de gala, la vara estrellada y el simulacro de manzana». Al fondo, una tela –el paisaje que le había vendido a cambio de favores sexuales– y el banco rústico de Alpes *in memoriam*. El perrito se coló y lanzó una mirada que a Gustavo enterneció. Fue una tarde de jueguitos adobados en el recuerdo de la difunta Rosa haciendo cosquillitas en el culo de Gustavito mientras nuestro héroe le mordía la manzana. ¡Viena, oh Viena!

Mainz, 2015

TESORO BIZANTINO

Aquellos niños del pueblo amaban las correrías por la arena. Esconder sus cosas en la playa. Brincar sobre el agua y comenzar guerritas. «¡Vamos a jugar a los caballitos!».

Se metían en el monte a cazar lagartijas, también con sueños de pirata. Ir tras el cofre que Jack Pata de Palo habría escondido veinte pasos al sur, cuarenta al norte, entre aquellas tetas verdes, al pie de la montaña, bajo un tronco...

Pero dos jugaron otro juego con tesoros diferentes. El pelirrojo escondería la cadenita de oro y un marco redondo donde entonces pintaría su secreto: la cara bizantina del trigüeño amigo que nunca hallaría el camino de vuelta tras meterse ambos una tarde en los montes cercanos a la arena, al mar, a la playa donde jugaban los otros niños.

El trigüeño guardaría una sucesión de descubrimientos: el camino rojo, el río blanco, la cueva de oro, el árbol-susurro y una explosión cordial de cosquillas y mordidas.

Mainz, 2015